

**La Responsabilidad
Social en la Cultura
agotadas las Políticas
Culturales**

eros/agape como apuesta constante

Toni Puig

Hay una cultura que ya no es cultura: es sólo entretenimiento. Es, hoy y tristemente, la que propone la mayoría de las Políticas Culturales fosilizadas tras veinticinco años de adoración absoluta a artistas ávidos de pasta, intelectuales de ideas pocas, arquitectos para la firma de lo único, políticos mediáticos, gestores en despachos de diseño que inundan, con estereotipos de belleza muerta/desactivada, museos, teatros, auditorios, organizaciones, ciudades... Fue.

Y hay una cultura –siempre la ha habido– que es cosa de ciudadanos: que es avance, es cambio, ideas para otra vida mejor, crea atmósfera de sentido... Estuvo mal vista: cosa de hippies y progres del sesenta y ocho, cosa de barrios. Cosa de centros cívicos, estos espacios para el encuentro, la celebración y la transformación ciudadana. O cosas de asociaciones de ciudadanos. Siempre algo periférico. Impulsada por gente menor: animadores, voluntarios, gestores de proximidad... Hoy es esperanza. Está ahí con más fuerza. Felizmente.

Es la cultura con Responsabilidad Social, tan diferente de la cultura con Delirio Artístico. La cultura en la que, todavía, resuena el eco del *cuidado del alma* de Sócrates, uno de los padres de la actual cultura europea y latinoamericana. Hoy lo traduzco como *cuidado de la atmósfera* en la que uno quiere vivir y todos deseamos compartir: la vida plural en la casa común de la ciudad con sentido. El *cuidado* se suma a la gran propuesta délfica del *conócete a ti mismo*. Conocerse, en los tiempos de las intensidades contrapuestas, es indispensable para la vida personal con fuerte humanidad, pero no es suficiente para compartir la ciudad y convivir desde sus diferencias: queremos cuidados. Hoy los ciudadanos le piden a las organizaciones públicas –la municipal y la red de asociaciones en especial– que los culden: que les faciliten oxígeno de valor, apuestas para la convivencia, pasión para la confianza, energías para la ciudadanía reinventada, suma para un horizonte más seguro. Admósfera común, pues, que es también admósfera para el indispensable crecimiento reflexivo personal.

La cultura del siglo XXI se inscribe aquí: en el cuidado atento e intencionado, de valor, para la atmósfera rebosante de sentido cívico, humano, de la vida y la ciudad. Del mundo. Lo cuento, en esbozo, en mi libro *Se acabó la diversión. Ideas y gestión para la cultura que crea y sostiene ciudadanía* de Editorial Paidós. Y lo explico, con pasión y vigor, en *La responsabilidad social en la cultura. Del karaoke de las políticas culturales a la cultura con los ciudadanos*, en proceso de edición, y en *No hay cultura sin los*

ciudadanos excluidos, en fase de escritura. Los interesados consultar mi www.tonipuig.com.ar

Hoy la cultura oficial – está burocratizada y embobada – cuida sólo a los artistas y demás corte del dinero público. Un escándalo. Para repensarla presento una parábola antigua reimaginada y un puñado de notas dispersas para su gestión.

Había una vez: la parábola de la Responsabilidad Social de la Cultura.

Había una vez un gerente recién doctorado en Políticas Culturales que bajaba de París con su corbata Hermès y su portafolio abultado por el Plan Estratégico para la Cultura que iba a montar en la ciudad. Pasó por los suburbios y, tras el cristal de su coche, contempló los barrios dormitorio, los jóvenes sin trabajo, los ciudadanos desencantados, los ojos sin horizonte para muchísimos, los inmigrantes usados... Pasó de largo. Y pensó que las Políticas Sociales tenían mucho por hacer. A él le esperaban grandes quehaceres: producir la Gran Exposición del Artista Único, firmar con el Arquitecto Sublime el nuevo auditorio, reorganizar el Festival de Artes Avanzadas, convocar a los Inteligentes para el Plan Estratégico que dote a la ciudad de las Infraestructuras Inaplazables, montar el Consejo de las Artes para el debate de Siempre los Mismos...Y, al final, llegar al sumum de las Políticas Culturales: constituirse en Político de Referencia. En la vida uno debe tener *grandeur*.

Poco después, pasó por el mismo sitio y contempló las mismas cosas una trabajadora para la cultura que venía de una pequeña ciudad donde habla, tiempo ha, estudiado Animación Sociocultural y se había especializado en su universidad en Sociología e Historia del Arte. Llevaba puesta su camiseta favorita: *por un mundo mejor, creatividad social*. Y en la mochila estaban sus últimas notas sobre las necesidades que preocupan a los ciudadanos hoy. Miró, entendió, bajo de la moto. Y se metió por las calles de lo urgente para una ciudadanía con sentido, cívica, cohesionada, creativa. Con el último dinero, compró una tienda de campaña. Y se instaló en la plaza pública para empezar a estar con lo próximo: con el prójimo. Con los diferentes. Con todos. Y, con ellos, pensar y construir una vida, una ciudad y un mundo mejor. En la vida uno debe ser responsable. A los pocos años estaba gestionando el centro cívico con pasión para el cuidado de todos y con todos.

Es una parábola con más de dos mil años de historia. Tal vez de las pocas que contó, de viva voz, Jesús de Nazaret, el que murió abandonado por casi todos. Y un poco desesperado. Pero feliz:

cumplió responsablemente. Y apostó por el prójimo. No por el Equipamiento del Templo. No estuvo por las Políticas de la Religión. Optó por el simple amar. Por la intemperie. Es suficiente. Su dios, un poco más tarde, alguien lo definió con dos palabras griegas: *eros* y *agape*. A saber, pulsión, deseo, excitación... Y acogimiento, encuentro, relación... Genial. No le hicieron caso. Optaron por otros términos. Dos conceptos que, para mí, definen la cultura para la ciudad: maneras de proponerla, vivirla... en los tiempos que vivimos: líquidos, inconsistentes, evanescentes, según el análisis de Bauman, el sociólogo de los países de este exiliado en Londres. Las condiciones de vida, las acciones y las estrategias de respuesta, se modifican aceleradamente. El mundo, sin rumbo, cambia compulsivo y sin consistencia. La precariedad es el signo de nuestros días. Todo se adquiere y se desecha con una rapidez asombrosa. Todo es velocidad, pérdida de lo público a favor de lo privado, individualidad absoluta y amurallada con recetas instantáneas y citas fugaces para encuentros comerciales. Es, creo, una buena foto contemporánea. Inquietante.

Una foto de vida, ciudad y mundo que pide a gritos *eros*: pulsión, arrebató, intensidad, deseo, pasión para lo que la cultura siempre ha facilitado a los ciudadanos: *libertad y creatividad*. Y pide *agape*: *convivencia, comunicación abierta, cooperación, responsabilidad, justicia*... Estemos aquí. Con fuerza. Con intensidad. Con tozudez.

Una parábola para la cultura de hoy

Una parábola para la cultura contemporánea. Radical. Sobre las Masculinísimas Políticas Culturales, tan integradas en el Mercado del Vacío. Tan autosuficientes. Tan autoritarias. Tan ultraliberales. No. Estamos por el *eros* y el *agape*. Por un servicio para la cultura femenino: excitantemente acogedor. Responsable. Siempre desde los otros, diferentes: ciudadanos plurales, con vidas diversas. Un trabajo para la cultura siempre inquieto. Siempre empujando vida con sentido. Que jamás se vende: se co-gestiona con voluntad decidida. Y se regala. Cultura que emerge de encuentros cargados de trascendencia: de interrogantes, de horizontes. Que están en el teatro y la música. La pintura y la danza. Están en los debates con ideas. En las fiestas con causa. En actos variadísimos. Cuando en ellos palpita, con inteligencia, los retos de la vida de ahora y mañana -del *eros* y el *agape*- con un plus de inteligencia sobrecogedora. Cercana: la del creador y la organización que da la mano. Habla en el silencio sonoro. Con voz de avance. De transformación. De luz en el claroscuro. Amorosamente: para la vida íntima y común espléndida. Y empuja a una vida de valor.

Mejor. Más radicalmente humana. Es otra dimensión: es creatividad de talento para la vida cotidiana.

¿Extremismos? Cierto. Pero así está el asunto de la gestión de la cultura. Debemos ver la realidad. Por cruda, por dual que sea. Los ciudadanos, hace tiempo, están tocando las trompetas alrededor de los muros de museos, teatros, auditorios, festivales y demás parafernalias espectaculares de las Políticas Culturales Grandilocuentes. Tras los muros, los de siempre. Pocos. Y seguros de Su Verdad. Las trompetas tocan melodías de deserción, de tened presente nuestras vidas, de basta ya de pompas... Como siempre los ciudadanos van por delante de las Políticas Culturales. Incluso de las más avanzadas. ¿Qué quieren? Que los muros, que toda dominación, que todo dirigismo, que todo elitismo, que todo montaje de los de siempre y para los de siempre, se derrumben. O lo harán ellos: ya están en esta magnífica y responsable labor cuando apuestan por quedarse en casa o, genial, dan soporte a pequeñas organizaciones para la cultura con sensibilidad para lo que hoy les preocupa. Por ejemplo, los centros cívicos en los barrios están llenísimos de ciudadanos pluralísimos. O los pequeños teatros inquietantes. Y la vía láctea de muchachos que regresan a la poesía y la sensibilidad altermundista. Los ciudadanos están sedientos de encuentros de valor para la vida, de destellos para buscar ventanas, anhelantes de atmósfera de cultura que facilite sentido para el hoy. Estoy con ellos. Siempre lo he estado. Los de las corbatas Hermes y bolsos Gucci me producen urticaria: sus Políticas Culturales son ya sólo entretenimiento. Y sus políticos y gestores Faraones de Viento. Estoy, también, con las asociaciones de los ciudadanos que, desde cada barrio y cada esquina de la ciudad, hacen lo imposible para una vida y un mundo mejor. Y lo logran. En pequeñas dosis.

Aquí está actualmente el trabajo para la cultura. Aquí está nuestra motorista apeada en la complicidad de la vida: junto a los ciudadanos anónimos con necesidades y retos plurales. Algunos alarmantes por inhumanos. Trabaja con Responsabilidad Social: desde y con los ciudadanos, siempre. Nada sin ellos directamente. Le horroriza toda la farsa de la participación abstracta, estereotipada, desactivada. Amañada: ¡hay tanta! Y lo que suena a Políticas Culturales ya apesta.

Sabe —y así todos los días, todos los años— que la cultura con Responsabilidad Social, con los ciudadanos anónimos, es siempre una respuesta a las preocupaciones y diferencias del contorno entendido, debatido, recreado. La cultura siempre es a medida. Y, como un traje así, pide que preguntemos, que tomemos medidas

amablemente, que probemos. Que conozcamos. Con paciencia y observación. Sólo desde aquí es posible trazar respuestas: crear, recrear, encontrar, reencantar, abrir, implicar... desde el ver, desde la grata urgencia de seguir viviendo y conviviendo en avance. En profundidad. Desde las experiencias de las artes y las ideas que nos cuentan historias, horizontes, futuros y presentes. Con propuestas para el aprendizaje incesante. Para el valor de la vida constantemente renovado. Historias/respuestas que recordamos. Leídas publicamente en los teatros. Y en las bibliotecas. En los centros cívicos. En los servicios desde las artes. Historias/respuestas que interiorizamos: que nos contamos antes de ir a la cama. En los momentos de duda y para el avance personal y común. Para un pasito más allá. Para el bien estar. Tan diferente del mucho poseer. Bien estar es valor. Bien poseer son cositas. A menudo ajuar funerario. Valor es opción radical. Apuesta. Cultura en acción: opción decidida y responsable por la liberación, la resistencia a los famosos como lo más, facticidad de lo que aplazamos, convivencia exultante, situación en lo real, existencia con preguntas, confianza frente a la vulnerabilidad y el desencanto. Sentido para la esperanza, pues, nos dice en cada servicio/propuesta para la cultura nuestra motorista apeada. Y nos lo dice desde la frugalidad: lo pequeño es hermoso. Y crea conciencia, modificaciones, conocimiento, criticidad, plenitud, transformación, diálogo, salto, acción, vida, siempre: cultura responsable para la vida responsable.

¿Alguien, responsablemente, da más? Bajó de la moto. Se enamoró del prójimo. Y compartió su vida, cuidándolo. Implicándolo en la atmósfera común de liberación creativa resplandeciente. Porque la ciudad y su ciudadanía es patrimonio de todos y común: sentido común. Esperanza compartida. Esperanza consistentemente recreada.

La gestión responsable para la cultura con los ciudadanos

Me meto en la gestión, este término tan en voga en la cultura. ¿Qué gestión, pues? Algunas ideas, pistas y sugerencias.

¿Cuál es la característica, el trazo básico, de esta gestión? Escucha una y otra vez, constantemente y atentamente, a los plurales ciudadanos. Una organización para la cultura con Responsabilidad Social, gestiona la atmósfera para la cultura desde el saber que como organización pertenece a los ciudadanos. Y a nadie más. Los demás somos servidores. Venimos después: dos pasos atrás.

En el sector de las organizaciones par la cultura con los ciudadanos también estamos en tiempos de mutación, de pensamiento y acción

lateral. Otra. Sabemos que debemos gestionar para que ocurran cosas: para que la cultura deje de ser algo para sólo entretener. Gestionamos para que vuelva a ser nuclear en la vida de todos: más vida en la vida, a chorro.

La cultura es inspiración, es creación, es empuje de vida mejor. Espléndida. Con más humanidad. Con más felicidad. La cultura, para lograr todo esto, no debe ser pesada, académica, sosa. Debe emocionar. Debe estremecer. Debe apasionar. Debe, siempre, interrogar. Y movilizar: movilización es sinónimo de gestión en las organizaciones para la cultura actuales.

¿Imposible en demasiadas organizaciones petrificadas, vampirizadas por directivos chupópteros mediáticos o de partidismo antediluviano, cavernícola? Sólo más difícil. Apostemos, en ellas, por un mayor liderazgo y empuje para la ciudadanía de políticos, presidentes, gestores, directivos y equipos inspiradores. Potenciamos a los contracorriente. Nada es imposible: innovación al límite, creatividad al límite. Con un toque de humor. Con una opción para que quienes están en las fronteras de las organización, ahora estén en el motor. ¡Os asombrareis! No es alucine: es la manera como hoy gestionan las organizaciones para la cultura que los ciudadanos llenan. Hay colas.

En las organizaciones para la cultura de la vida ya no podemos permitirnos ninguna ortodoxia dogmática, ningún convencionalismo. Ninguna imposibilidad. Porque somos –o debemos ser– un semillero de ideas y apuestas para la cultura de los ciudadanos en tiempos complejos. En los tiempos del triunfo del entretenimiento, el espectáculo y la diversión presentados como lo más de lo más para la cultura.

No. Y no. Somos un semillero de valor, de sentido, de interrogantes para el cambio positivo constante en la vida, la ciudad y el mundo. Somos respuestas. Somos invitación. Somos cooperación. Somos transformación, palabra prohibida en la Políticas Culturales. Somos más. Más en esperanza, democracia, vida llena, convivencia, creatividad, justicia social, sensibilidad, confianza... A menudo nadamos a contracorriente. Porque sabemos que la cultura *sempre un po' piu lontano*, como afirma Corto Maltes y dio título a una de las expos de la penúltima Bienal de Venecia montada por mi amiga Rosa Martínez. Poned esta idea, pintada en grandes letras, en la entrada de vuestros despachos, equipamientos, oficinas... y alcanzadla: convertida en motivación para vuestro trabajo. La cultura siempre facilita experiencias emocionantes para ir un poco más lejos en la vida: una constante constelación de propuestas para

reinventar y reencantar la vida y el mundo en la vida cotidiana personal y común.

Sabemos qué cultura necesitamos, queremos, urgimos. Porque hemos preguntado a los ciudadanos. La hemos intuido en las sombras de sus vidas. En sus silencios. Y en sus sueños. En el claroscuro del vivir cotidiano. Y vamos a construirla, incrementarla y sostenerla con ellos. Con una multitud. Con todos. O vamos a mejorarla, transformarla, darle un giro, para que sea cultura para la atmósfera que hoy queremos respirar, compartida.

Esto es gestión.

Gestionemos para crear, para proponer, para fabricar –claro que sí-cultura: vida y mundo más vivible. Y gestionémosla, en los tiempos de la tele complaciente y ya ofensiva, del mercado como gran cielo, con audacia, con un punto amable a la contra. ¿Huelo a sesenta y ocho? Totalmente. La cultura también es resistencia. Y rechazo. La cultura se ocupa del sentido para los sistemas de vida que queremos. ¿Cuáles? ¿Desde qué sentido? Apasionante.

Debemos gestionar para que cada invitación, cada acto/servicio para la cultura, diga a los ciudadanos: *vive tiempos interesantes*. Y en lo que les proponemos lo experimenten. Para los antiguos chinos era lo más. Es lo que los ciudadanos, en este momento, necesitan, esperan, desean, les apetece un montón. En su diseño o calidad, innovación, argumento, calidad, sensibilidad... esta gestión ha tenido presentes a los ciudadanos. Gestión, pues, para la luz. Con emoción compartida.

Entonces –y éste es el gran tema, la gran Responsabilidad Social- los ciudadanos están fascinados con nuestra organización. Confían en nosotros. No es que les seamos útiles: les somos imprescindibles para su vida en profundidad y horizonte. Para su estilo de vida: para su cultura. Que queremos y quieren compartir: cultura republicana con todos y desde todos. Somos referencia. Ésta es la cuestión hoy. Y lo somos porque somos responsables: socialmente responsables. Estamos con la gente. Somos de los ciudadanos.

Nuestra Responsabilidad Social, nuestra manera de estar e implicar a los ciudadanos en la organización y para la cultura, nuestro talante de civilización profundamente compartida, nuestro estilo de hacerlo todo con los ciudadanos y otras organizaciones... logra que jamás seamos una organización prescindible. Jamás seremos repetitivos, impersonales, fríos, homogéneos, aburridos, no actuales, karaokes: ¡siempre seremos eros y agape!

En el mundo de hoy, para los ciudadanos de hoy y el mañana, las organizaciones para la cultura con Responsabilidad Social sólo

podemos ser una marca de valor fiable; imprescindibles. Porque somos vida responsable. De humanidad radical. De avance solidario. Para la creatividad en todo. Y la libertad frente a cualquier dominación. Somos sentido. Relámpago en el supermercado, la tele y la democracia descafeinada, la política de las mentiras y los despistes y las multinacionales de la depredación. Por ejemplo.

Tal vez, parafraseando a Kennedy, deberíamos decir a todos: *no preguntes lo que la cultura puede hacer por ti sino lo que tu puedes hacer tu por la cultura*. O, en otros términos, qué podemos hacer todos y cada uno, reponsablemente, por la vida común y personal mejor. Con más sentido.

Buenos tiempos para estas organizaciones.

Buenos tiempos para la cultura.

Buenos tiempos para reinventarnos y facilitar cuidados.

Buenos tiempos para la creación de otro mundo y otra vida.

Con eros y agape.

Y una insobornable responsabilidad personal y pública.

Toni Puig
apuig@mail.bcn.es
www.tonipuig.com.ar